

Políticos evangélicos: ¿Conservadores?

X. Manuel Suárez

Cuando el hermano Fabricio Alvarado se postuló para la presidencia de Costa Rica, los medios de comunicación lo tildaron de “ultraconservador” sin haberse leído su programa completo, sólo porque manifestaba su desacuerdo con la Corte IDH; esta misma calificación (¿descalificación?) la encontramos sistemáticamente cuando los comentaristas hablan de algún político evangélico iberoamericano. ¿Por qué?

Desde luego, es una calificación interesada; con ella nos están arrinconando a una parte del espectro político desde la que se hace difícil acceder al poder. En el escenario político actual todo el mundo quiere aparecer como “progresista” y nadie como “ultraconservador”, porque en el primer caso te sitúas con proyección futura y en el segundo te entierras en el pasado. Así que, si eres etiquetado como “ultraconservador”, ya puedes hacer las más transformadoras propuestas políticas, que estás acabado. Y hay quienes tienen miedo de la llegada de los evangélicos a la política y quieren acabar con nosotros antes de que podamos abrir la boca; etiquetarnos como “ultraconservadores” es un medio eficaz de hacerlo.

Asistimos a una manifiesta manipulación socio-política por parte de sectores y grupos de presión; así, el lobby LGTBI está imponiendo a los demás la definición lo que es “progresista” y lo que es “retrógrado”. Desde luego, nadie ha explicado con argumentos consistentes por qué abortar o mantener un tipo de relaciones sexuales son conductas “progresistas”, pero nadie lo discute. Y es preocupante que los propios evangélicos caemos en la trampa cuando levantamos nuestra voz en estos temas y decimos que tenemos una postura conservadora, cuando no es cierto, porque nada hay más progresista que la defensa de la vida y la familia con padre y madre. Hay que tener cuidado, porque nos están ganando la guerra del lenguaje, y el lenguaje es fundamental en política.

Pero por nuestra propia parte, ¿acaso estamos dando argumentos para que nos etiqueten sistemáticamente como “conservadores”? Quizás en algunos aspectos sí; por ejemplo, algunos hermanos vinculan indisolublemente el cristianismo con un modelo económico liberal, o con una determinada política exterior. No hay problema alguno en que un político cristiano defienda estos posicionamientos en su práctica política, pero es un grave error considerar que estos son los únicos compatibles con nuestra fe evangélica y que son los únicos que se derivan naturalmente de ella. De hecho, por poner sólo dos ejemplos, la lucha por los derechos civiles de los negros en los EEUU o la fundación de los primeros sindicatos –dos cosas tradicionalmente vinculadas al progresismo– fue protagonizada por fieles evangélicos.

Parece que nos sentimos más cómodos en el entorno de la derecha, quizás porque defiende nuestras posturas en el tema del aborto y la familia, pero esto es muy reduccionista: en primer lugar, porque ya veréis cuando la derecha empiece a vender estos valores a precio de saldo en Latinoamérica, como ya lo ha hecho en Europa, y en segundo lugar porque nuestro ideario debe alcanzar todos los aspectos de las relaciones humanas; como dice nuestro presidente Aarón, defendemos la Vida y la Familia, la Justicia y el Desarrollo, y ni la derecha ni la izquierda satisfacen definitivamente nuestros objetivos en todos estos campos.

Nos definimos conservadores en Teología, frente a una Teología liberal que ha renunciado a los fundamentos de la Sola Escritura, pero no nos confundamos, eso no equivale necesariamente a ser conservadores en política. Algunos de nuestros hermanos en el pasado, que defendieron nuestras mismas posiciones teológicas, protagonizaron las más avanzadas transformaciones sociales y políticas y de ello nos sentimos orgullosos.

Y, nos situemos en la derecha o en la izquierda, expliquemos bien qué quiere decir “conservador”, porque defendemos la conservación de valores edificantes, como la cohesión de la familia, pero al mismo tiempo nos colocamos en la avanzada porque no estamos de acuerdo con la injusticia, corrupción y abuso de poder que atraviesa desde hace siglos Latinoamérica, no queremos conservar esos modelos, no somos en eso conservadores, porque queremos que nuestra visión cristiana incida en la sociedad latinoamericana para transformarla profundamente y constituir la en un modelo de progreso para el mundo.

No le debemos nada a la izquierda ni a la derecha. No tenemos que casarnos con nadie. Tenemos que construir un pensamiento político propio, original, sin miedo a etiquetas; seguro que en algunos aspectos apareceremos como de derechas y en otros como de izquierdas; no importa; lo que ya no vamos a aceptar más es que nos etiqueten de “ultraconservadores por definición”, porque con la ayuda de Dios vamos a construir progreso social y político y, si Él lo permite, nadie nos parará.